

gradó al ejército. Selim se resignó á su suerte, y empleó el poco tiempo que le quedaba de vida en hacer la educación política de su primo Mahmoud, que había de ser su vengador.

El pachá de Routschouk fué el único que se mantuvo fiel á Selim. Baraïcktar le debía cuanto era, y su agradecimiento no conocía límites. Resuelto á restaurar á su soberano, púsose de acuerdo con el gran visir, enviándole su confidente Beiji-Effendi, enemigo de los ulemas y genízaros, si bien le ocultó su plan de restauración, pues le solicitaba sólo para destruir á nuevos rivales que con Mustafá se habían alzado en Constantinopla. Así engañado, consintió el movimiento Mustafá-Tchebi, y Baraïcktar marchó con 16.000 hombres escogidos sobre Andrinópolis. Los ministros, avisados por el gran visir, le dejaron hacer. Kabakthi fué, pues, condenado á muerte por el gran visir, y Hadji-Alí fué á asesinarlo, á la cabeza de 100 hombres, en su palacio. Entretanto, Daraïchter llegaba á las puertas de Stambul. El sultán, creyendo satisfacer al pachá, despidió á los yamaks que le habían alzado al trono, destituyó al mufri y dando la confiscación de los bienes de los ministros destituidos á sus verdaderos amigos.

Mustafá IV, creyendo ya apaciguada la rebelión, se marchó el 28 de Julio á pasar el día al kiosko de *Geuk-Soni*. Esto es lo que esperaba Baraïcktar, para dar un golpe decisivo. Así, tan pronto lo supo, hizo prender al gran visir y ordenó que se llevara al serrallo el estandarte sagrado. Los genízaros dejaron hacer, pero la guardia interior rehusó abrir las puertas y se dispuso á resistir. Iban á trabar el combate cuando apareció en la puerta el sultán, que había podido volver á palacio gracias á la sultana Valide, que le dió aviso de lo que pasaba. Mustafá le dijo á Baraïcktar que esperase que se le iba á entregar á Selim. Mientras se transmitía esta orden, Mustafá hacía asesinar al pobre sultán. Baraïcktar no recibió más que un cadáver. Seid-Alí le alentó á vengar á su señor y á salvar á Mahmoud, y Baraïcktar, recobrada su energía, hizo prender al sultán, morir en el tormento á los asesinos de Selim y por algún tiempo no pensó más que en venganzas. Mahmoud, pues, reemplazaba á su hermano, gracias al triunfo de esa oligarquía militar.

Mahmoud II nombró á Baraïcktar su gran visir, éste alejó de su lado é hizo dar muerte á cuantos podían hacerle sombra, contándose entre los primeros al mismo Seid-Alí, y se entregó inconsideradamente á la gran reforma de que tanta necesidad tenía Turquía, á la reorganización de los indisciplinados gení-

zaros, cuya organización y táctica militar era ya un anacronismo en aquellos días. El divan lo aprobó por unanimidad.

Orguloso con esta victoria anunció su intención de secularizar los bienes de las mezquitas, lo que era hacer conspirar á los silemas, y dió á los soldados llamados *seymens*, oficiales de los nizams, con lo que descontentó aquéllos, de modo que en pocos días el terrible pachá de Routschouk se encontró rodeado por un círculo de conspiradores cuyo centro era el mismo sultán, celoso del talento y de la popularidad de su gran visir.

Baraïcktar no sospechando la tempestad que le amagaba había enviado parte de sus fuerzas para reducir á la obediencia á algunos pachás sublevados quedándose solo en Constantinopla con 7.000 hombres adictos, y aunque sus amigos le hicieron notar lo peligroso de su situación y le aconsejaban que se fuera con el sultán á Andrinópolis, Baraïcktar menospreció los avisos y despreció á sus adversarios. Estos se alzaron el día 14 de Noviembre. Tan secreto y rápido fué su golpe, que sorprendidos los soldados de Baraïcktar por los genízaros se desbandaron después de una corta resistencia. Acudieron luego á atacar al gran visir que se encierra en una torre con sus más fieles amigos. Atacado por seis mil genízaros, al verse perdido, les arrojó el cadáver de Mustafá á quien querían restablecer en el trono, recordando sin duda como había él recibido el de Selim, hecho lo cual voló la torre sepultándose en sus escombros heroicamente en compañía de los que la defendían y atacaban.

Mientras esto sucedía Ramiz-Pachá hacía que dos navíos abriesen el fuego contra el cuartel de los genízaros en tanto él al frente de los marinos y topdjhis marchaban en socorro del gran visir, auxiliándole en la empresa Kadi-pachá que con tres mil hombres ataca á los genízaros para libertar al sultán. Durante un día no se hizo mas que matar. Ramiz y Kadi forcejaban para llegar hasta donde creían poder encontrar á Baraïcktar cuyo fin ignoraban, y por esto menospreciando las llamas que devoraban el serrallo y amenazaban con sus furiosos á Constantinopla, avanzaron, proponiéndose destruir en aquel día por entero á los genízaros ya que tan buena ocasión se les presentaba. Pero intervino el sultán y se calmó el tumulto. Entonces conocieron Ramiz, Kadi, y Beiji-Effendi la suerte de su jefe, y como comprendieran que Mahmoud II no estaba por ellos, aún cuando era partidario de las reformas, abandonaron los tres á Constantinopla. Ramiz que era natural de Crimea se refugió en San Petersburg. Los

otros dos marcharon al Asia con intento de sublevar la Karamania, pero fueron alcanzados al huir y asesinados.

Zia-Yousouf-pachá, el vencido de Heliópolis, fué el sucesor de Baraïcktar, desdichada elección, porque Zia no tenía ninguna de las cualidades necesarias para restablecer la disciplina en la Puerta Otomana. La paz con Inglaterra,—6 de Enero de 1809,—no había de aliviar su suerte. El peligro venía del Danubio. Bragation batía á los turcos en Ibraila, atravesaba el Danubio, y los aplastaba delante de Silistria, cuya ciudad no pudieron tomar viéndose obligados á levantar el sitio. «La campaña de 1810,—dice el historiador del Imperio Otomano, vizconde de la Jonquiére,—no fué más feliz: el gran visir que no se atrevió á salir de sus atrinchamientos de Schomula, dejó que Kamensky se apoderase de Silistria, Routschouk, Nicópolis y Bazardjik. Ahmed-Pachá le reemplazó y marchó contra el enemigo con 60.000 hombres y setenta y ocho cañones. Inferior en fuerzas, el generalísimo ruso Kutuzoff se replegó sobre Routschouk y aguardó al ejército turco en Kadikeny. Después de una lucha sangrienta, los 30.000 hombres de Kutuzoff arrojaron á los turcos en desorden. A pesar de este triunfo Kutuzoff evacuó á Routschouk, después de haber hecho saltar las fortificaciones é incendiado la ciudad,—5 de Julio de 1811.—Los otomanos atravesaron el río tras él, pero los rusos por medio de una sabia marcha, volvieron á tomar la ofensiva cayendo sobre el flanco del ejército enemigo, le arrollaron, le arrojaron al río y recuperaron las plazas evacuadas. Nuevos refuerzos llegaron al general ruso que le iban á permitir terminar la campaña con un golpe decisivo, cuando estalla la guerra entre Rusia y Francia. El gabinete de San Petersburg se apresuró á ofrecer la paz á la Puerta, y en su consecuencia se firmaba en 28 de Mayo de 1812 el tratado de Buckharest.»

La paz habíala ofrecido Rusia después de los grandes triunfos de Kutuzoff á primeros de Noviembre de 1811. Duras eran las condiciones impuestas por Rusia, pero Mahmoud comprendió bien pronto que no eran definitivas. La guerra que amenazaba entre Francia y Rusia habíale de permitir sacar partido de la situación. Firmado un armisticio,—8 de Noviembre,—y abiertas las negociaciones en Buckharest, Mahmoud podía elegir entre la paz y la guerra, pero esta vez la guerra marchando al lado de Napoleon. Este era el plan que más cuadraba al sultán, pues si Napoleon había engañado á Turquía, Rusia era su tradicional enemigo, pero la

Turquía estaba exánime, sin ejército, sin hacienda, y poco menos que separadas de imperio todas sus provincias asiáticas y africanas. La paz era casi una necesidad y el gran visir era el principal partidario de ella. Por otra parte Inglaterra amenazaba con forzar los Dardanelos, así debiera perder todas sus escuadras para destruir Constantinopla si se aliaba Turquía con Francia, y como por estos días Francia y Rusia se observaban vacilando en el momento decisivo, Inglaterra aprovechaba esta aparente indecisión para presentar á Mahmoud y á sus ministros la posibilidad de una nueva inteligencia entre Francia y Rusia á expensas nuevamente de Turquía. El recuerdo de Tilsit y de Erfurth decidió al sultán.

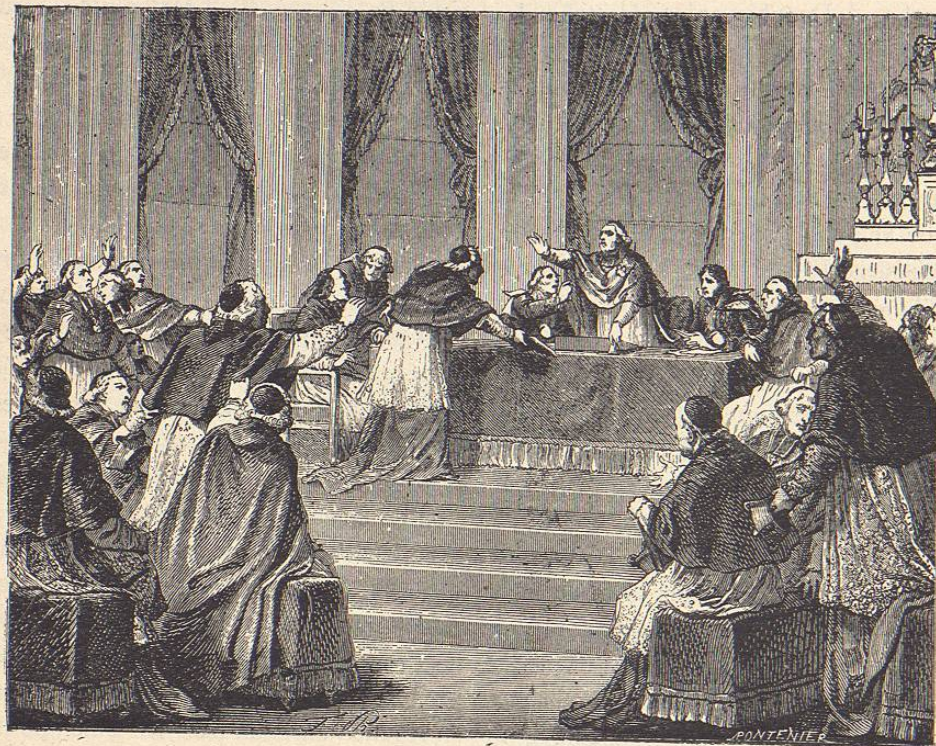
Mahmoud convocó, pues, un diván extraordinario para que resolvieran sobre la cuestión de paz ó guerra. Cincuenta de sus miembros se declararon por la paz. Cuatro tan solo por la guerra. Las proposiciones que hacía Napoleon de devolver á Turquía todo lo que había perdido durante los últimos cuarenta años, fueron rechazados. Rusia cedió en sus exigencias. Por el tratado de Bukharest se fijó el Pruth como frontera entre Rusia y Turquía. La Servia continuó sometida á las leyes turcas. La contribución de guerra de veinte millones de piastras, fué abandonada. Rusia demostró que sabía ceder para sacar elementos de opresión á su gran enemigo. De esta suerte escaparon á Napoleon Suecia y Turquía, las dos únicas potencias que por su posición topográfica podían cubrir su marcha contra Moscou y su retirada en toda ocasión y tiempo. Pero Napoleon tenía aún fe en su estrella y esta fe le llevó á su perdición.

Esta fe junto con atenciones que para él eran más graves, es lo que tenían distraído á Napoleon de los asuntos de España, Suecia y Turquía haciéndole cometer incomprensibles ligerezas. Lo que á la sazón más preocupaba á Napoleon era el restablecimiento de sus relaciones con el Papa, pues aún cuando parecía esta cuestión muerta por el poco ruido que hacía, Napoleon, la sentía en Francia por todas partes, y en fin aquella tenacidad del solitario de Savona le tenía crispados los nervios, porque hasta aquí no había encontrado quien no se doblegara á su presión despótica. Pío VII continuaba impertérrito rehusando instituir los obispos que él había nombrado. Napoleon creyó burlar su negativa mandando á los capítulos que eligieran á un obispo para vicarios capitulares, pero al Papa no se le ocultó lo hábil de la maniobra destinada á legalizar la presencia de los obispos en sus diócesis y prohibió á los capítulos que hicieran tales nombramientos. Esta prohibición,

que debía tenerse secreta la conservó Napoleón por la debilidad de Portalis que le había de costar el favor imperial.

Era el abate Astros de París quien recibió las órdenes del Papa que comunicó á su primo Portalis que se apresuró á ponerlo en conocimiento de la policía imperial sin revelar de dónde había sacado la noticia. Pero la policía sospechó en seguida de Astros, y éste fué arrestado llevándole el mismo car-

denal Maury preso en su coche á Savary, y Portalis arrojado con los malos modos propios de Napoleón del Consejo de Estado en plena sesión el 4 de Enero de 1811. A los pocos días fueron á hacer compañía á Vicennes, á Astros, que debía continuar en el castillo hasta la caída del imperio los cardenales di Pietro, Oppizoni y Gabrielli contra quienes se probó que habían circulado las órdenes del Papa. De la misma manera fueron á pasar al castillo de



El Concilio jura fidelidad al Papa.—Sesión del 10 de Junio de 1811

Fenestrelle en donde estaba ya el cardenal Pacca, los miembros de los capítulos de Asti y Florencia que habían hecho lo mismo.

¿Pero cómo castigar al Papa, quién, después de todo era para Napoleón el verdadero y único culpable? Lo primero que se le ocurrió á su insensata y loca ambición, fué enterarse de si podía destituirlo de Pontífice y esto quiso averiguar ya desde el día 5 de Enero, pero ínterin suprimió el coche al Papa le prohibió toda correspondencia con el exterior, secuestrándole su tintero, papel y plumas y todos sus libros hasta su breviario, y por fin su bolsa que contenía algunas monedas de oro, reduciendo su lista civil á lo más mínimo, á la paga de un empleado de cuarta categoría, y como si esto no fuera bastante y para proveer á las eventualidades de su plan, le mandó al capitán de gendarmería, Lagorse, para que á toda costa le hiciese entregar el anillo

pontifical que no habían podido descubrir los primeros secuestradores.

Nada adelantó con esta persecución Napoleón fuera de intimidar más aún á los que ya lo estaban, esto es, á los sacerdotes de su imperio que en ninguna ocasión demostraron ser capaces de sufrir lo que sufría su jefe, así el capítulo de París, como el de Florencia y otro se apresuraron al sentirse amenazados á protestar de su adhesión. Esta bajeza le inspiró á Napoleón la idea de resolver la cuestión convocando al efecto un concilio nacional, para lo cual principió por arreglar el comité eclesiástico introduciendo en él sus hechuras, al cardenal Caselli y al abate de Pradt arzobispo nombrado, pero no instituido de Malines; esto hecho le presentó el cuestionario de la que debía ser objeto de discusión en el Concilio, á saber á quien debía dirigirse el emperador estando interrumpidas todas las relacio-

nes con el Papa para obtener las dispensas de que el disponía, y la institución canónica que rehusaba para los obispos nombrados.

El comité eclesiástico sabía y comprendía lo que quería Napoleón á quien en modo alguno quería dejar de servir, pero como de otra parte veía clara su grande responsabilidad, procuró salvar su situación proponiendo á Napoleón que se enviase una diputación al Papa para que este diera la razón canónica de su negativa, pues si esta no daba, opina-

ba el Comité que concilios provinciales podrían ocurrir á la necesidad de la institución de los obispos, pero esto y los demás puntos pedían que se discutieran en un concilio nacional.

Napoleón, para convencer al Papa de que no tenía más remedio que someterse ó dimitir, hizo publicar la convocación del Concilio en cuyo documento se trataba desapiadadamente al Papa, y si por esto no bastaba hizo que su tío el cardenal Fesch reuniesen en su casa diez y nueve obispos



MARET DUQUE DE BASSANO

para que firmaran una amenazadora exposición al Papa á fin de que esto lo creyera todo producto espontáneo de la iglesia francesa.

La diputación episcopal recibía las instrucciones imperiales el 26 de Abril de 1811; el arzobispo de Tours de Barral, y los obispos de Nantes y Treveris, Duvoisin y Mannay, debían ofrecer al Papa el restablecimiento del Concordato, á condición de que consintiera en instituir los obispos ya nombrados y de que en el porvenir instituiría los que eligiera el emperador, dentro de los tres meses de su nombramiento; transcurrido dicho plazo, procedería á su institución el metropolitano. Caso de que encontrasen al Papa en buena disposición de ánimo, le propondrían, además, el seguir á Roma, si prestaba juramento de adhesión al emperador; si prometiera, por lo menos, no hacer nada contra las libertades galicanas, se le asignaría por capital á Avignon, con

dos millones de lista civil, dejando en libertad al Papa para todo lo espiritual. En modo alguno podía ser cuestión de la restauración de la potestad temporal.

Llegaron los tres obispos á Savona á primeros de Mayo, y tan dura había sido su reclusión, que el pobre anciano creyó que los tres obispos que ahora iban á visitarle tenían por misión instruir un proceso delante el Concilio, de cuyo error procuraron vencerle asegurándole su respeto, pero haciéndole entender que le hablaban en nombre de todo el clero de Francia y no en el nombre particular de Napoleón, autor de la comedia que tan bien representaban. Esta creencia fué la que decidió al Papa á aceptar la transacción que se le pedía, á lo que contribuyó, y no poco, su propio médico, única persona de confianza que tenía á su lado, y que se había vendido al emperador. Sin embargo, el Papa se